

—Escriba usted cómo ha ocurrido y dirá usted á sus padres que yo soy quién lo ha hecho. ¡Victoria Simón, la Sauvage! No lo olvide.

El oficial daba órdenes en alemán. La cogieron, la echaron contra las paredes aun calientes de su casa. Luego doce hombres se alinearon vivamente ante ella, á veinte metros. No se movía. Había comprendido; esperaba.

Resonó una orden seguida de una detonación. Un disparo retrasado resonó aislado.

La vieja no se desplomó. Cayó despacio como si le hubiesen segado las piernas.

El oficial se le acercó. Estaba casi partida en dos mitades y oprimfa aun la carta en la mano ensangrentada.

Mi amigo Serval añadió:

—Por represalias los alemanes destruyeron mi quinta.

Yo pensaba en las madres de los cuatro buenos muchachos que perecieron abrasados allí dentro, y en el heroísmo atroz de aquella otra madre fusilada junto á la pared.

Y recogí una piedrecilla, aun ennegrecida por la acción del fuego.

UNA NOCHE

UNA NOCHE

El *Kleber* había echado anclas y yo miraba con entusiasmo el admirable golfo de Bougie que se extendía ante nosotros. Los bosques kabilas cubrían las altas montañas; las arenas amarillas formaban, á lo lejos, una orilla de oro al mar, y el sol caía á torrentes de fuego sobre las casas blancas de la pequeña ciudad.

La brisa cálida, la brisa de Africa, traía á mi corazón alegre el olor del desierto, el olor del gran continente misterioso, donde pocas veces penetran los hombres del Norte. Desde tres meses antes, erraba por las orillas de ese mundo enorme y desconocido, por las riberas de esa patria fantástica del avestruz, del camello, del león, del hipopótamo, del gorila, del elefante y del negro. Había visto al ára-

be galopar como una bandera que flota, vuela y pasa, había dormido bajo la parda tienda, en la frágil morada de los hijos del desierto. Estaba embriagado de luz, de fantasía y de espacio.

Ahora, después de esta última excursión, era necesario partir, volver á Francia, ir á París, la ciudad de la charla inútil, de las preocupaciones y cuidados vulgares y de los innumerables apretones de mano. Y me era forzoso despedirme de esas comarcas amadas, tan nuevas, apenas vistas y tan echadas de menos.

Una flota de barquillas rodeaba el vapor. Salté á una de ellas, que tripulaba un negro, y pronto estuve en el muelle, cerca de la puerta mora, cuya ruina gris, á la entrada de la ciudad kabila, parecía un escudo de nobleza antigua.

Mientras estaba de pie en el puerto, junto á mi maleta, mirando estupefacto aquella costa maravillosa, ante aquel circo de montañas bañadas por las olas azules, más hermoso que el de Nápoles, tan bello como los de Ajaccio y Porto en Córcega, una mano pesada se apoyó en mi hombro.

Me volví y vi un hombre alto con sombrero de paja, una gran barba, un traje de franela blanca, de pie á mi lado, que me miraba con sus ojos azules.

—¿No es usted mi antiguo compañero de colegio?—me preguntó.

—Es posible. ¿Cómo se llama usted?

—Tremoulin.

—¡Caramba! Eramos grandes amigos.

—Chico, yo te he reconocido en seguida.

Me parecía tan contento, tan alegre, tan dichoso de verme, que por un impulso de amigable egoísmo, estreché con fuerza ambas manos de aquel antiguo camarada y me sentí satisfecho de haberle encontrado.

Tremoulin había sido para mí, durante cuatro años, el más íntimo, el mejor de esos compañeros de colegio, que tan pronto olvidamos luego. Era entonces un muchacho larguirucho con una cabezota enorme cuyo peso parecía no poder sostener su cuerpo endeble.

Muy inteligente, dotado de una facilidad maravillosa, de una gran ductilidad de espíritu, de una especie de intuición instintiva para todos los estudios literarios, Tremoulin era quien alcanzaba todos los premios de nuestro curso.

En el colegio creíamos todos que sería un hombre ilustre, un poeta sin duda, porque hacía versos y tenía gran abundancia de ideas sentimentales. Su

Miss Harriet—5

UNIVERSITY OF MICHIGAN
SERIALS ACQUISITION
ANN ARBOR, MICHIGAN

padre, farmacéutico del barrio del Panteón, no pasaba por rico.

Al terminar el bachillerato, le perdí de vista.

—¿Qué haces aquí?—exclamé.

Contestó sonriendo:

—Soy colono.

—¡Bah! ¿Tú plantas?

—Y cosecho.

—¿Qué?

—Uvas, que convierto en vino.

—¿Y te va bien?

—Muy bien.

—Me alegre, chico.

—¿Vas á la fonda?

—Sí.

—Vente á casa.

—¡Pero!...

—Sí, hombre, sí.

Y dijo al negro que nos miraba:

—A mi casa, Alí.

Alí respondió:

—Sí, senó.

Y echó á correr, con mi maleta en el hombro, hundiendo sus pies negros en el polvo.

Tremoulin me cogió del brazo y se me llevó. Me

preguntó por mi viaje, por mis impresiones, y viendo mi entusiasmo, pareció quererme más aun.

Su vivienda era una vieja casa árabe con patio interior, sin aberturas á la calle, dominada por un terrado que dominaba á su vez los de las casas vecinas y el golfo, los bosques, el mar, las montañas.

Exclamé:

—¡Cuánto me gusta! ¡Esta habitación resume el Oriente! ¡Caramba! ¡Cuán feliz eres de poder vivir aquí! ¡Qué noches debes pasar en este terrado! ¿Duermes en él?

—En verano, sí. Ya subiremos á él por la noche. ¿Te gusta la pesca?

—¿Qué pesca?

—Con antorchas.

—¡Ya lo creo!

—Bien, iremos después de comer y luego tomaremos sorbetes en el terrado.

Después que me hube bañado, me hizo seguir la encantadora ciudad kabila, una verdadera cascada de casas blancas que bajan hasta el mar. Al anochecer volvimos á casa, y después de una comida exquisita fuimos á los muelles.

Sólo se veía los faroles de la calle y las estrellas, esas anchas estrellas fulgurantes del cielo del Africa.

En un rincón del puerto esperaba una barquilla. Apenas estuvimos dentro, un remero empezó á empujar la barca mientras mi amigo preparaba la fogata que iba á encender. Me dijo:

— Yo me encargo del tridente, no hay quien me aventaje.

— Te felicito.

Habíamos dado la vuelta á un enorme peñasco y estábamos ahora en una bahía de elevados peñascos cuyas sombras parecían torres edificadas en el agua. El mar era fosforescente. Los remos, que la hendían lentamente, á intervalos regulares, producían dentro de ella una luz movediza y extraña, que nos seguía por la estela hasta que al cabo de unos momentos se extinguía. Miraba yo, inclinado, aquella claridad pálida, y admiraba ese fuego del mar, ese fuego frío que un movimiento enciende y que la inmovilidad del agua apaga. Marchábamos hacia las tinieblas, deslizándonos por aquella luz.

¿A dónde íbamos? No veía á mis compañeros, sólo veía los remolinos luminosos y las chispas de agua proyectadas por los remos. Hacía calor, mucho calor. La sombra parecía caldeada por un horno y sentía turbada mi mente por aquel viaje misterioso en la callada y negra barca.

Los perros, los flacos perros árabes de pelo rojo, nariz puntiaguda y ojos, relucientes, ladraban á lo lejos como ladran todas las noches en esa isla grande, desmesurada que se llama Africa. Las zorras, los chacales, las hienas respondían, y no muy lejos de allí, sin duda, algún león solitario debía rugir en una garganta del Atlas.

De pronto el remero se detuvo. ¿Dónde estábamos? Oí un roce y surgió la llama de una cerilla, y vi que una mano llevaba aquella llama hacia la proa de la barca donde había una parrilla de hierro atestada de leña seca.

Miraba, sorprendido, aquella operación y ví como la llamita tocaba un puñado de hierba, que ardió crepitando.

Entonces brotó de la noche, entre las tinieblas bochornosas, un gran fuego claro que iluminó la barca y á los que la tripulábamos. Un marinero viejo, amojamado, blanco y arrugado, con un pañuelo atado á la cabeza y á Tremoulin cuya barba rubia relucía.

— ¡Adelante! — dijo.

Movió los brazos el remero y de nuevo avanzó la barca, moviéndonos en una zona de luz, acompañados por las sombras que nos seguían. Tremoulin no cesaba de echar leña á la hoguera.

Me incliné de nuevo y vi el fondo del mar. A pocos pies bajo la barca, se desarrollaba lentamente, á medida que pasábamos, el dominio del agua, del agua que vivifica, como el aire, animales y plantas. La fogata hundía hasta el fondo su claridad viva, y nos deslizábamos por encima de bosques sorprendentes de hierbas rojas, rosadas, verdes y amarillas. Entre ellas y nosotros, un cristal admirable de transparencia, un cristal líquido, casi invisible, daba mayor encanto á aquel paisaje de ensueño. Aquella agua clara y límpida que no se distinguía, que más bien se adivinaba, extendía entre nosotros y aquellas raras vegetaciones algo que turbaba como la duda de la realidad, y les prestaba indecible misterio.

A veces las hierbas subían hasta la superficie, semejantes á cabellos, apenas movidas por el lento paso de la barquilla.

Entre ellas pasaban, huían peces de plata, apenas vistos y ya desaparecidos. Otros, dormidos aún, flotaban suspendidos entre aquellas hierbas de agua, relucientes y finos, incogibles. A menudo un cangrejo se dirigía á un agujero para ocultarse, ó una medusa azulada y transparente, apenas visible, flor de azul pálido, una verdadera flor de mar,

dejaba arrastrar su cuerpo por nuestro ligero remolino. Luego, de repente, el fondo desaparecía, hundiéndose mucho, haciéndose profundo, oculto por una niebla de cristal, cada vez más grueso. Entonces se veía vagamente grandes rocas y algas sombrías, apenas iluminadas por la luz.

Tremoulin, de pie en la proa, con el cuerpo inclinado, tenía en la mano el tridente de agudas púas y escudriñaba las rocas, las hierbas, el fondo cambiante del mar con esa mirada ardiente de un animal que caza.

De súbito dejó deslizarse hasta el agua, con movimiento suave y vivo, la cabeza de su arma puntiaguda, luego la lanzó como una flecha, con tal prontitud que cogió entre sus púas un gran pez que huía delante de nosotros.

Sólo había visto el ademán de Tremoulin, pero le oí una exclamación de alegría, y al levantar su tridente la claridad de la fogata me permitió ver un animal que se retorció, atravesado por las puntas de hierro. Era un congrio. Después de contemplarlo y de enseñármelo paseándolo por sobre las lamas, mi amigo lo echó al fondo de la barca. La serpiente de mar, con el cuerpo herido por cinco llagas, se deslizó, se arrastró rozando mis

pies, buscando un agujero para huir, y habiendo encontrado entre las cuernas de la barca un charco de agua salada, se hundió en él, ya casi muerto.

Entonces, á cada instante, Tremoulin empezó á coger con una destreza sorprendente, con rapidez fulmínea, los raros habitantes del agua salada. Uno tras otro pasaban por delante de la hoguera, con convulsiones de agonía, salmónetes dorados, lubinas plateadas, lampreas oscuras con manchas sanguinolentas, sepias que escupían tinta y ennegrecían el agua en torno de la barca.

Creía oír de continuo gritos de pájaros en torno nuestro, y levantaba la cabeza para ver de donde provenían aquellos silbidos agudos, cercanos y lejanos, cortos y prolongados. Eran innumerables, incesantes como si una nube de alas se hubiese cernido en torno nuestro, atraídos sin duda por las llamas. A veces aquellos ruidos engañaban el oído y dijérase que salían del agua.

—¿Quién es que silba así?

—Son las ascuas que caen.

Era, en efecto, la fogata que sembraba en el mar una lluvia de chispas. Caían incandescentes ó llameantes todavía y se apagaban con queja suave, penetrante, extraña, que tan pronto parecía la char-

la de un pájaro como el grito corto de un ave migradora. Las gotas de resina caían con ruido de balas y morían bruscamente al sumergirse. Dijérase que eran voces de seres vivientes, un inexplicable y tenue rumor de vida errando por la sombra cerca de nosotros.

Tremoulin gritó de pronto:

—¡Ah... maldito!

Arrojó su arma, y al levantarla vi, envolviendo las púas del tridente, y pegado á la madera, una especie de piltrafa roja que palpitaba, se movía, arrollando y desenrollando sus largos, blandos y recios tentáculos, cubiertos de ventosas, en torno del mango del arma. Era un enorme pulpo.

Acercóme aquella presa, y distinguí los ojos del monstruo que me miraban, ojos saltones, turbios y terribles que salían de una especie de bolsa que parecía un tumor. Creyéndose libre, el animal alargó lentamente uno de sus miembros, del que vi las ventosas blancas arrastrarse hacia mí. La punta era fina como un hilo, y apenas aquella pierna devoradora hubo hecho presa en el banco, otra se desplegó para seguirla. Se adivinaba allí, en aquel cuerpo musculoso y blando, en aquella ventosa viva, rojiza y flácida, una fuerza irresistible. Tremoulin había

abierto su cuchillo, y con golpe brusco lo hundió entre los ojos del pulpo.

Se oyó un suspiro, un ruido de aire que se escapa, y el monstruo dejó de avanzar.

No estaba muerto, sin embargo, porque la vida es tenaz en esos cuerpos nerviosos; pero su vigor se había perdido y una vez reventada su bomba no podía ya chupar la sangre ni vaciar la dura corteza de los cangrejos.

Tremoulin, como para burlarse de aquel agonizante, despegaba del banco sus ventosas impotentes, y arrebatado por súbita cólera, exclamó:

— Espera; voy á calentarte los pies.

Con un movimiento del tridente levantó en alto el pulpo y le hizo pasar por las llamas, frotando contra las barras candentes del emparrillado, las finas puntas de carne de los tentáculos.

Crepitaron y se retrajeron mordidas por el fuego, y sentí una impresión dolorosísima al ver como padecía el horrible animal.

— ¡No hagas eso! — exclamé.

Contestó con gran calma:

— ¡Bah! Mucho más se merece.

Luego arrojó al fondo de la barca el pulpo reventado y mutilado que se arrastró entre mis piernas

hasta el agujero lleno de agua de mar, donde se acurrucó para morir entre los pescados muertos.

Y la pesca continuó largo rato, hasta que se acabó la provisión de madera.

Cuando ya no quedó para alimentar la hoguera, Tremoulin echó al agua todas las ascuas, y la noche, suspendida sobre nuestras cabezas por la llama deslumbradora, cayó sobre nosotros, nos envolvió de nuevo en sus tinieblas.

El viejo volvió á remar lentamente, con regularidad. ¿Dónde estaba el puerto, dónde la tierra? ¿Dónde el golfo y el ancho mar? Nada sabía. El pulpo se movía aún junto á mis pies y yo sentía daño en las uñas, como si me las hubiesen quemado también. De repente vi luces; entrábamos en el puerto.

— ¿Tienes sueño? — me preguntó mi amigo.

— No, ni pizca.

— Entonces vamos al terrado y charlaremos un rato.

— Con mucho gusto.

Cuando llegué al terrado vi que la luna surgía de detrás de las montañas. El viento cálido se deslizaba á soplos lentos, cargado de aromas ligeros, casi imperceptibles, como si hubiese barrido al pasar el